

EPÍLOGO

LA UNIVERSIDAD ARGENTINA Y LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Las universidades argentinas, en los últimos años, especialmente a partir de la sanción de la Ley de Educación Superior, han sufrido profundos y variados cambios estructurales. Actualmente se encuentran en pleno proceso de adaptación al nuevo marco institucional. El hecho de que estas transformaciones hayan afectado principalmente al funcionamiento del sistema universitario —y quizás no tanto a la estructura de las universidades en particular, problema que queda como una asignatura pendiente para cuando se inicie el proceso de adecuación de los estatutos y para lo cual tienen las universidades una gran libertad creativa— es un dato sumamente sintomático. Y al hablar del sistema me refiero a la intensificación de las relaciones funcionales entre las instituciones universitarias ante el aumento cuantitativo de las mismas, tanto oficiales como privadas. Se ha creado entre ellas —en particular en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires y de su zona metropolitana— una creciente y casi salvaje competitividad, una apasionada lucha económica o política solo por captar nuevos alumnos, aprovechando el aumento de la población disponible con aspiraciones universitarias y de la necesidad de mayor capacitación ocupacional que reclaman las sociedades de servicios. Esto ha llevado a que las universidades argentinas concentraran su actividad principal en la capacitación ocupacional a través de la diferenciación y especialización profesional. El nivel cuaternario, sobre todo, después de la creación de la CONEAU (Comisión Nacional de

Evaluación y Acreditación Universitaria), ha sido solo un ámbito prioritario de la capacitación especializada de los profesionales universitarios. La respuesta, sin lugar a dudas, satisface las necesidades y los reclamos del desarrollo de las sociedades de servicios. Se sigue, con ello, el impulso demográfico y económico de desarrollo del nivel terciario en una forma coherente aunque rutinaria. El problema, ante este diagnóstico, se concentra en levantar el nivel de capacitación ocupacional de este servicio a los fines de servir mejor al desarrollo de la sociedad.

El impulso de la expansión de la cultura tecnológica y el desarrollo de las sociedades del conocimiento, sin embargo, reclaman, además y fundamentalmente, la promoción, el desarrollo y la concentración en la investigación científica y tecnológica, ya que se trata de un reclamo de excelencia de la globalización. Desgraciadamente, las universidades argentinas, tanto las estatales como las privadas, tanto en el nivel terciario como en el nivel cuaternario, si bien hablan mucho de la importancia social de la investigación y de las necesidades de excelencia, no han profundizado lo suficiente sobre las características y las necesidades de esta actividad, tan decisiva y definitoria de la universidad científica, para la expansión de la cultura tecnológica y su expansión planetaria. El problema, por cierto, no puede agotarse únicamente en la creación de becas para promover la vocación por la investigación científica y tecnológica, o en la provisión de infraestructura para los institutos o de bibliografía para las bibliotecas, o en el aumento de la dedicación horaria (con su correspondiente remuneración económica) tanto para investigadores ya formados como para investigadores noveles; y tampoco, por cierto, en el aumento de los subsidios para el equipamiento de laboratorios o para los insumos necesarios para la realización de líneas prioritarias de investigación. En nuestro saber y entender, todo esto es importante, muy importante, pero lo fundamental del problema se concentra en la integración de las instituciones de investigación al proceso de expansión del conocimiento científico de base (teórico); un proceso, por cierto, con características muy especiales y definido no tanto por los resultados de las innovaciones tecnológicas —propias de la investigación aplicada, cuyos resultados, como sabemos, muy pronto se vuelven obsoletos— como por el mantenimiento de la dinámica del mismo proceso de desarrollo del conocimiento dada

su constante y acelerada innovación creativa. Una dinámica —y eso lo sabemos, al menos por ahora— que tiene una dirección muy definida, una extensión cada vez más amplia y, sobre todo, un ritmo cada vez más acelerado que coloca el conocimiento científico y tecnológico de base en la línea del desarrollo histórico y cultural. De allí sale que lo decisivo sea participar en el proceso de desarrollo del conocimiento de los que lo incentivan. Se trata de ser parte de una red de instituciones de investigación de reconocida excelencia en la forma universal en que se presenta el momento actual. Las publicaciones en revistas extranjeras del primer nivel (el uso del idioma inglés como *lingua franca* para las ciencias duras no es exclusivo de nuestras universidades, ya que se da hasta entre las alemanas, rusas o chinas) son un claro indicador de la universalidad del proceso y de la necesidad de incorporarse activamente en él. Por otra parte, la investigación aplicada, que —como sabemos— siempre es dependiente de la investigación básica, es otro problema, ya que está íntimamente vinculada al desarrollo social y económico que, evidentemente, responde a necesidades *nacionales*. Por ello, quizás, el desarrollo de la investigación aplicada no sea exclusivo de las universidades, fundamentalmente por razones prácticas (económicas, entre otras). Al respecto mucho tienen que decir los sectores privados y, sobre todo, el Estado.

Y bien, para lograr esta inserción en ese proceso mundial de desarrollo del conocimiento científico, se requiere básicamente una formación profesional del investigador muy especial y una institucionalización de la investigación bien definida; se trata de una nueva profesión, la de *investigador profesional*, y de un nuevo ordenamiento institucional de la investigación científica, la de los *centros de estudios avanzados*. Una profesión que hay que formar como a un profesional más, pero con algunas características que no se logran, como se pretende superficialmente, estudiando epistemología o metodología y técnicas de investigación —temas siempre discutibles y no siempre muy correctos por sus implicaciones ideológicas— sino *haciendo investigaciones bajo el control y dirección de un investigador formado: un maestro en un centro de excelencia con vocacionales aprendices (un taller)*. Y es así, y siempre lo fue en las manifestaciones culturales y científicas de excelencia, porque implica desarrollar aptitudes personales especiales vinculadas al mismo ejercicio de la profesión de investigador en tanto creativo, como la capacidad de imaginar

objetivos, la capacidad de delimitar problemas, la capacidad de sintetizar ideas, la capacidad de racionalizar acciones, la capacidad de proyectar instrumentos, la capacidad de realizar obras..., pero, y sobre todo, la capacidad crítica propia de la curiosidad intelectual ante las provocaciones de un futuro incierto («El futuro no es ya lo que era», decía Paul Valéry), ante las alarmas creadas por la «sociedad de riesgo» (U. Beck). La investigación es creación (duda, curiosidad y coraje), es libertad, pero no desde la nada y ante la nada: son potencialidades humanas y posibilidades históricas. Karl Jaspers decía: «El futuro, en tanto entorno de posibilidades, es el espacio de nuestra libertad». En última instancia, un profesional muy especial, lleno de imaginación creadora que asume la responsabilidad ética del futuro: ¡un sacerdote de la esperanza! En última instancia, una «vocación» (*vocare*, 'llamar'). Y una institución especial, formadora de un profesional, de alto nivel de excelencia: ¡un santuario! En última instancia, una «profesión». La pregunta es, entonces: ¿las universidades argentinas en sus *curricula*, y especialmente en la organización de los doctorados, con la correspondiente realización de las tesis, están creando este tipo humano, este profesional que hoy aparece como fundamental por su participación en el proceso de expansión del conocimiento científico y su limitación ética frente al futuro incierto del hombre, de la humanidad y hasta del mismo planeta, para participar en el proceso de expansión de la cultura tecnológica? Pero todavía más: ¿las universidades argentinas están creando un Centro de Estudios Avanzados donde se desarrollen profesionalmente investigaciones básicas de excelencia que puedan incluirse en una red mundial de participación dentro del proceso de expansión del conocimiento científico y tecnológico?

Temo que la respuesta no ha de ser positiva, al menos, en general. Y no lo es no porque no se la desea sino fundamentalmente —al menos eso es lo que creemos— porque no se ha profundizado lo suficiente sobre las características tan singulares del proceso de expansión del conocimiento científico como posibilidad de igualación de los beneficios de la cultura tecnológica y de su impulso planetario. Creemos —y esta es una hipótesis que arriesgamos en esta oportunidad y como consecuencia del razonamiento anterior— que mucho tiene que ver en esta limitación el que no se hayan profundizado los beneficios del proceso de expansión de la cultura científica y tecnológica, en primer lugar, sobre las

limitaciones de las ideologías nacionalistas (propias de los Estados nacionales) y, en segundo lugar, sobre las posibilidades de las nuevas humanidades (históricas) para el progreso del conocimiento actualmente vigente. La superación de las ideologías nacionales y la aparición de las nuevas humanidades (ciencias del comportamiento), resultados de la planetización de la cultura tecnológica, han definido a un nuevo hombre, es decir, en el hacer y hacerse con otros, los que, por eso, no son extraños a cada cual sino parte de él. El hombre no está en la historia, es radicalmente histórico. Por eso es esencialmente libre, pero también vocacionalmente igualitario.

No hace mucho, el profesor Mario Bunge, en un artículo publicado en el diario *La Nación* (27 de diciembre de 1999), hizo una serie de reflexiones sobre la universidad científica y ofreció algunas alternativas que pueden ser de utilidad en el momento presente. No olvidemos la experiencia y el prestigio que tiene Mario Bunge en materia de investigación científica. Lo primero que se desprende del trabajo —aunque ello no está dicho— es que las posibilidades reales de lograr una universidad científica, fundada en la investigación, no son efectivas para todas las universidades de un sistema. Muy pocas —y eso es común en todo el mundo— están en condiciones de satisfacer los requerimientos que una seria universidad científica puede exigir. Pero todavía más, ni siquiera para abarcar todos los ámbitos del saber científico. Las pocas que están en condiciones de lograr una universidad de excelencia en el ámbito científico en el mundo entero han comprendido la necesidad de la especialización y de la diferenciación, motores esenciales de la expansión del conocimiento científico. De más está decir que el principio general también es válido para el sistema universitario argentino. Esto implica —y de alguna manera es un diagnóstico— que muy pocas universidades argentinas están en condiciones de desarrollar algunos, y solo algunos, centros de excelencia en el campo de la investigación científica. Hace algunos años, en la revista *Criterio* (8 de abril de 1993), tuve la oportunidad de publicar un trabajo sobre la «Universidad científica», donde destacaba estos hechos. El problema es claro y no vale la pena insistir. Al buen entendedor le bastan estas palabras.

La propuesta de Bunge, si bien está concebida para una institución del Mercosur, se basa en una experiencia de la Unión

Europea: la del *European University Institute*, sito en Florencia y dedicado a los estudios de posgrado en ciencias sociales, con especialización en problemas europeos. Bunge cree que para la Argentina algunas universidades —repito, no todas— deberían dedicarse a las ramas más descuidadas de las ciencias básicas, las técnicas y las humanidades. Pero sólo aquellas universidades que estén en condiciones de ofrecer, tanto para profesores como para estudiantes, una dedicación exclusiva, con «sueldos y estipendios que sean competitivos». Bunge habla de profesores de 50.000 dólares anuales y de doctorandos y becarios de 20.000 dólares anuales. La cantidad de los unos y de los otros va a depender de las pretensiones y posibilidades de la universidad. Pero siempre se trata —y el dato no es superficial— de parámetros universales o, al menos, válidos en las instituciones de «punta» en la investigación. A estos costos —siempre, según Bunge— habría que agregar gastos para profesores visitantes y para viajes a reuniones o congresos. Y, por cierto, sin dejar de lado los gastos de organización, infraestructura, equipamiento, bibliografía, suscripción a revistas, insumos, mantenimiento y servicios. Y, lógicamente, personal administrativo capacitado en el manejo de la informática y la computación. Las funciones de estos *centros de altos estudios* serían las de realizar investigaciones teóricas de nivel internacional en ramas selectas de las ciencias, la técnica y las humanidades; formar investigadores a partir de estudiantes que tengan cubierto el nivel terciario; y organizar seminarios, cursos, cursillos y simposios sobre temas de actualidad científica, técnica y humanística, así como sobre la enseñanza de las distintas disciplinas.

Y de nuevo surge la pregunta: ¿cuántas y cuáles universidades argentinas actuales están en condiciones de desarrollar este plan? Personalmente creo que habría algunas, pero —y esto es fundamental— en la medida en que se concentren sobre ciertos ámbitos del saber, sin pretender abarcarlos todos, porque ni sería ni posible ni conveniente, al menos si vemos lo que ocurre con los grandes y principales centros de investigación de las universidades más prestigiosas del mundo. En el caso de la República Argentina, hay que acabar con la idea de que el prestigio de las universidades profesionales se asienta en la tendencia de cursos posgrado, diversificados y especializados (maestrías, especialización y actualización profesional), o en la tenencia de profesores de

«renombré» como garantía de una buena enseñanza, o en la realización de «investigaciones». De lo que se trata es de la calidad de la formación profesional. La formación de investigadores profesionales a partir de la realización de tesis doctorales, por el contrario, reclama una dedicación especial que nada tiene que ver con la forma como se capacita un profesional. No debe ser deshonoroso, ni debe bajar su prestigio, el hecho de que una universidad se dedique únicamente a la capacitación profesional, tanto general como especializada, sin capacitar a investigadores profesionales. Esto, por cierto, no excluye que pueda (y deba) promover el interés por el desarrollo de las ciencias y de realizar investigaciones. Eso puede ser parte de una buena capacitación profesional. La provisión de profesionales universitarios altamente capacitados para participar de la moderna estructura ocupacional es una necesidad y un reclamo de las sociedades tecnocráticas, pero también es un reclamo del desarrollo del conocimiento científico y tecnológico.

Me da la impresión de que el estado de competencia entre las universidades del sistema universitario argentino, tanto de las oficiales como de las privadas, ha llevado a confundir el problema de la investigación científica. La investigación científica, no solo en la Argentina, reclama investigadores profesionales, que deben ser formados en lugares (escuelas) especiales y de una manera muy específica. Los principales *centros de estudios avanzados* del mundo son talleres o laboratorios, y no aulas, donde se reciben contenidos educativos (epistemología o metodología y técnicas de la investigación), pero donde la formación recae en el proceso mismo de la investigación, en el hacer o realizar la investigación bajo la dirección y control de un «maestro» ya formado. Eso muestra las características de la investigación: ¡el trabajo en equipo! Las grandes e importantes investigaciones que se han realizado en el mundo en el momento presente, por muchas razones, son trabajos en equipo y realizados en determinados institutos, laboratorios o talleres. Así se dan los premios Nobel, paradigmas de la profesionalización del investigador científico y de la institucionalización de la investigación científica.

El tema de la profesionalización del investigador y de la institucionalización de la investigación científica reclama una meditación sobre las responsabilidades éticas de la misma investigación. Estamos en un mundo incierto, gobernado por el

principio de la incertidumbre; el futuro no está dado («El futuro no es ya lo que era», decía Paul Valéry), hay que realizarlo con las posibilidades y las potencialidades con que se cuenta en cada momento de la historia. La expansión de la cultura científica y tecnológica tiene una dirección (sin final), una extensión (planetaria) y un ritmo determinado (acelerado); pero también tiene un costo (humano). Solo una ética de la responsabilidad de los libres creadores del futuro define y controla el destino de este proceso incierto. Ellos son los investigadores (¿y los artistas?). Ellos son los que crean el futuro con las posibilidades igualitarias que le ofrecen las potencialidades de su libertad. El mundo del futuro está por crearse (o se está creando) y lo harán los investigadores, los innovadores, los creadores. Son las nuevas elites de la cultura tecnológica. Su formación reclama una serena meditación, porque el futuro, el destino, el mañana, está en su capacitación profesional y, por su ubicación en la estructura ocupacional, en su contextura ética.